XXX.

Qué debe pensarse de las relaciones que mantiene el Papa con los Gobiernos y personajes liberales.

Pues entónces (salta uno,) qué concepto hemos de formar de las relaciones y amistades que trae la Iglesia con Gobiernos y personas liberales, que es lo mismo que decir con el Liberalismo?

Respuesta al canto.

Hemos de juzgar que son relaciones y amistades oficiales, y nada más. No suponen afecto alguno especial á las personas con quienes se tienen, y mucho menos aprobación de sus actos, y muchísimo menos adhesión ó sanción á sus doctrinas. Punto es este que conviene explanar algún tanto, ya que sobre él arman gran aparato de teología liberal los sectarios del Liberalismo para combatir la sana intransigencia católica.

Conviene ante todo observar que hay en la Iglesia de Dios dos ministerios: uno que llamarémos apostólico, relativo á la propagación de la fe y á la salvación de las almas; y otro que podríamos muy bien llamar diplomático, relativo á sus relaciones humanas con los poderes de la tierra.

El primero es el más noble; es, por decirlo así, el primario y esencial. El segundo es inferior y subordinado al primero, á cuyo auxilio únicamente se endereza. En el primero es intransigente é intolerante la Iglesia; va recta á su fin, y prefiere romperse ántes que doblegarse: *Frangi, non flecti.* Véase sino la historia de sus persecuciones. Trátase de derechos divinos y de deberes divinos, y por tanto en ellos no cabe atenuación ni transacción. En el segundo es condescendiente y benévola y sufrida. Trata, gestiona, negocia, halaga para ablandar; calla tal vez para mejor conseguir; se retira quizá para mejor avanzar y para sacar luego mejor partido. Su divisa podría ser en este orden de relaciones: *Flecti. non frangi.* Trátase de relaciones humanas, y éstas admiten cierta flexibilidad y uso de especiales resortes.

En este terreno es lícito y santo todo lo que no declara malo y prohibido la ley común en las relaciones ordinarias entre los hombres. Más claro: la Iglesia cree en esta esfera poder valerse y se vale de todos los recursos que puede utilizar una *diplomacia honrada.*

¿Quién se atreverá á echárselo en rostro? Así que envía embajadas y las recibe aun de Gobiernos malos, aun de príncipes infieles; da á los mismos y de los mismos recibe presentes y obsequios y honores diplomáticos; ofrece distinciones, títulos y condecoraciones á sus personajes; honra con frases de cortesanía y galantería á sus familias; concurre á sus fiestas por medio de sus representantes.

Pero salen luego el tonto ó el liberal y dicen como quien habla sentencias: "Pues ¿por qué hemos de aborrecer al Liberalismo y combatir á los Gobiernos liberales, cuando trata con ellos el Papa, y los reconoce y colma de distinciones?" ¡Malvado ó majadero! que una de estas cosas ó todas juntas puedes muy bien ser. Escucha una comparación y falla luego.

Eres padre de familia y tienes cuatro ó seis hijas, á quienes educas con todo el rigorismo de la honestidad, y viven frente ó pared en medio de tu casa unas vecinas infames, y tú estás diciendo continuamente á tus hijas que á aquellas malas mujeres no las han de tratar, ni siquiera saludar, ni aun mirar; que las han de considerar como malas y perversas; que han de aborrecer su conducta é ideas; que han de procurar distinguirse de ellas y en nada asemejarse á ellas, ni en sus dichos, ni en sus obras, ni en sus trajes. Y tus hijas, dóciles y buenas, es claro que han de observar tu ley y atenerse á tus mandatos, que no son sino de prudente y de muy avisado padre de familias. Mas hé aquí que en una ocasión se suscitan cuestiones en la vecindad sobre puntos comunes á ella, sobre confrontación de límites ó paso de aguas, por ejemplo; y se hace preciso que tú, honrado padre, sin dejar de ser tal, trates en junta con una de aquellas infames mujeres, sin dejar de ser infames, ó por lo menos con quien las represente. Y teneis para eso vuestros tratos y cabildeos, y os ablais y os dais

los cumplidos y fórmulas de cortesía usuales en sociedad, y procurais de todos modos entenderos y llegar á un acuerdo y avenencia sobre el objeto en que habeis de convenir.

¿Hablarán bien tus hijos si dicen luego: "Pues que nuestro padre trata con esas malas vecinas, no deben de ser ellas tan malas como dice él; podemos tratar con ellas tambien nosotras; buenas hemos de reputar sus costumbres, modestos sus trajes, loable y honrado su modo de vivir?" Dime, ¿no hablarían como necias tus hijas si hablasen así? Pues apliquemos ahora la parábola ó comparación.

La Iglesia es la familia de los buenos (ó que deben serlo y que desea ella lo sean). Pero vive rodeada de Gobiernos del todo perversos ó más ó menos pervertidos. Y dice á sus hijos: "Aborreced las máximas de esos Gobiernos; combatidlos; su doctrina es error, sus leyes iniquidad." Pero al mismo tiempo, por cuestiones de interés propio ó de ambos á la vez, se ve ella en el caso de tratar con los jefes ó representantes de tales Gobiernos malos, y efectivamente trata con ellos, recibe sus cumplidos y usa con ellos de las fórmulas de urbanidad diplomática usuales en todos los paises; pacta con ellos sobre asuntos de interés común, procurando sacar el mejor partido posible de su situación entre tales vecinos. ¿Es malo esto? Sin duda que no. Pero ¿no es ridículo que salga luego un católico y lo tome por sanción de doctrinas que la Iglesia no cesa de

condenar; y por aprobación de actos que la Iglesia no cesa de combatir?

¡Pues qué! ¿Sanciona la Iglesia el Coran tratando de potencia á potencia con los sectarios del Coran? ¿Aprueba la poligamia, recibiendo regalos y embajadas del gran Turco? Pues del mismo modo no aprueba el Liberalismo cuando condecora á sus reyes ó ministros, cuando les envía sus bendiciones, que son simples fórmulas de cortesía cristiana que el Papa otorga hasta á los protestantes. Es sofístico pretender que la Iglesia autorice con tales actos lo que por otros actos no cesa de condenar. Su ministerio *diplomático* no anula su ministerio *apostólico;* en su ministerio apostólico debe, sí, buscarse la explicación de las aparentes contradicciones de su ministerio diplomático.

Y así obra el Papa con los jefos de naciones, así el Obispo con los de provincias, así el Párroco con los de localidad. Y se sabe el alcance y significación que tienen estas relaciones oficiales y diplomáticas. Sólo lo ignoran (ó fingen ignorarlo) los malaventurados sectarios ó resabiados del error liberal.

XXXI

De las pendientes por las que con más frecuencia viene á caer un católico en el Liberalismo.

Son varias las pendientes por las que cae frecuentemente el fiel cristiano en el error del Liberalismo, é importa sobremanera señalarlas aquí, así para comprender, en vista de ellas, la razón de la universalidad que ha alcanzado esta secta, como para prevenir contra sus lazos y emboscadas á los incautos.

Muy frecuentemente se cae en la corrupción del corazón por extravío de la inteligencia; empero más frecuente es todavía caer en el error de la inteligencia por corrupción del corazón. Esto muestra claro la historia de todas las herejías. En el principio de todas ellas se encuentra casi siempre lo mismo: ó un pique de amor propio, ó un agravio que se quiere vengar, ó una mujer trás la cual pierde el heresiarca los sesos y el alma, ó un bolsón de dinero por el que vende la conciencia. Casi siempre dimana el error, no de profundos y trabajosos estudios, sino de aquellas tres cabezas de hidra que apunta san Juan y que llama: *Concupiscentia carnis concupiscentia oculorum, superbia vitæ.* Por ahí se va á todos los errores; por ahí se va al Liberalismo.

Veamos esas pendientes en sus formas más usuales.

1ª Se hace el hombre liberal por deseo natural de independencia y ancha vida.

El Liberalismo ha de ser por necesidad simpático á la naturaleza depravada del hombre, tanto como el Catolicismo ha de serle por su propia esencia repulsivo. El Liberalismo es emancipación; el Catolicismo es enfrenamiento. El hombre caido ama, pues, por cierta muy natural tendencia suya, un sistema que legitima y canoniza el orgullo de su razón y el desenfreno de sus apetitos. De donde, así como se ha dicho por Tertuliano que el alma en sus nobles aspiraciones es naturalmente cristiana, puede igualmente decirse que el hombre, por vicio de su origen, nace naturalmente liberal. Es, pues, lógico que se declare tal en toda forma, así que empiece á comprender que por ahí le salen garantidos todos sus antojos y desenfrenos.

2ª Por el anhelo de medrar. El Liberalismo es hoy día la idea dominante. Reina en todas partes y singularmente en la esfera oficial. Es, pues, segura recomendación para hacer carrera. Sale el joven de su doméstico hogar, y al dar una ojeada á las distintas sendas por donde se va á la fortuna, al renombre, á la gloria, ve que en todas es condición precisa ser de su siglo, ser liberal. No serlo es crearse á sí propio la mayor de todas las dificultades. Heroismo, pues, se necesita para resistir al tentador, que, como á Cristo en el desierto, le dice mostrándole halagüeño porvenir: *Hæc omnia tibi dabo si cadens adoraveris me:* "Todo te lo daré si me prestas adoración." Y los héroes son pocos. Es, pues, natural que la mayor parte de la juventud empiece su carrera afiliándose al Liberalismo. Eso proporciona bombo en los periódicos, eso recomendación de poderosos patronos, eso fama de ilustrado y omnisciente. El pobre ultramontano necesita mérito cien veces mayor para darse á conocer y crearse un nombre. Y en la juventud se es poco escrupuloso por lo regular. Además, el Liberalismo es esencialmente favorable á la vida pública que tanto anhela la juventud. Tiene en perspectiva diputaciones, comisiones, redacciones, etc., que constituyen el organismo de su máquina oficial. Es, pues, maravilla de Dios y de su gracia el que se encuentre un joven que deteste á tan insidioso corruptor.

3ª Por la codicia. La desamortización ha sido y sigue siendo la fuente principal de prosélitos para el Liberalismo. Se decretó este inicuo despojo tanto para privar á la Iglesia de estos recursos de humana influencia, cuanto para adquirir con ellos adeptos fervorosos á la causa liberal. Así lo han confesado sus mismos corifeos cuando se les ha acusado de haber dado casi de balde á los amigos las pingües posesiones de la Iglesia. Y ¡ay del que una vez comió de esta fruta del cercado ajeno! Un campo, una heredad, unas casas, que fueron del convento ó de la pa-

rroquia, y están hoy en poder de la familia tal ó cual, encadenan para siempre esta familia al carro del Liberalismo. En la mayor parte de los casos no hay probable esperanza de que dejen de ser liberales ni aun los descendientes de ella. El demonio revolucionario ha sabido poner entre ellos y la verdad esa infranqueable barrera. Hemos visto poderosas casas de labradores de la montaña, católicos puros y fervorosos hasta el 35, desde entónces acá liberales decididos y contumaces. ¿Quereis saber la explicación? Ved aquellos regadíos ó tierras de pan llevar ó bosques que fueron del monasterio. Con ellos aquel labrador ha redondeado su finca, con ellos ha vendido su alma y familia á la Revolución. Es moralmente imposible la conversión de tales injustos poseedores. En la dureza de su alma, parapetada tras de sus adquisiciones sacrílegas, se estrellan todos los argumentos de los amigos, todas las invectivas de los misioneros, todos los remordimientos de la conciencia. La desamortización ha hecho y está haciendo el Liberalismo. Esta es la verdad.

Tales son las causas ordinarias de perversión liberal, y á ellas pueden reducirse todas las demás. Quien tenga mediana experiencia del mundo y del corazón humano, apenas podrá señalar otras.

XXXII.

Causas permanentes del Liberalismo en la sociedad actual.

HAY, además de esas pendientes por donde se va al Liberalismo, lo que podríamos llamar causas permanentes de él en la actual sociedad; y en éstas hemos de buscar los motivos por qué se hace tan difícil su extirpación.

Son en primer lugar causas permanentes del Liberalismo las mismas que hemos ántes señalado como pendientes ó resbaladeros que llevan á él. Dice la filosofía: *Per quæ res gignitur, per eadem et servatur et augetur:* "Las cosas comunmente se conservan y aumentan por las mismas causas por las que nacieron." Pero además de ellas podemos aquí todavía señalar alguna que ofrece carácter especial.

1ª Por la corrupción de costumbres. La Masonería lo ha decretado, y á la letra se cumple su programa infernal. Espectáculos, libros, cuadros, costumbres públicas y privadas, todo se procura saturar de obscenidad y lascivia; el resultado es infalible: de una generación inmunda, por necesidad saldrá una generación revolucionaria. Así se nota el empeño que tiene el Liberalismo en dar rienda suelta á todo exceso de

inmoralidad. Sabe bien lo que ésta le sirve. Es su natural apóstol y propagandista.

2ª El periodismo. Es incalculable la influencia que ejercen sin cesar tantas publicaciones periódicas como esparce cada día el Liberalismo por todas partes. Ellas hacen ¡mentira parece! que (quiera ó nó) haya de vivir el ciudadano de hoy dentro de una atmósfera liberal. El comercio, las artes, la literatura, la ciencia, la política, las noticias nacionales y extranjeras, todo se da casi por conductos liberales, todo de consiguiente toma, por necesidad, color ó resabio liberal. Y se encuentra uno, sin advertirlo, pensando y hablando y obrando á lo liberal; tal es la maléfica influencia de este envenenado ambiente que se respira. El pobre pueblo lo traga con más facilidad que nadie, por su natural buena fe. Lo traga en verso, en prosa, en grabado, en sério, en broma, en la plaza, en el taller, en el campo, en todas partes. Este magisterio liberal se ha apoderado de él y no le deja ni un instante. Y se hace más funesta su acción por la especial condición del discípulo como dirémos ahora.

3ª La ignorancia casi general en materias de Religión. El Liberalismo, al rodear por todas partes al pueblo de embusteros maestros, ha cuidado muy bien de incomunicarle con el único que le podía hacer notar el embuste. Este es la Iglesia. Todo el empeño del Liberalismo cien años há, es paralizar á la Iglesia, que enmudeza, que no tenga á lo más sino carácter oficial, que no logre contacto con el pueblo. A eso obedeció (confesado por los liberales) la destrucción de los conventos y monasterios; á eso las trabas puestas á la enseñanza católica; á eso el tenaz empeño en desprestigiar y ridiculizar al clero. La Iglesia se ve rodeada de lazos artificiosamente discurridos para que en nada moleste la marcha avasalladora del Liberalismo. Los Concordatos, tal como se cumplen hoy día en casi todas las naciones, son otras tantas argollas para apretar su garganta y entorpecer sus movimientos. Entre el clero y el pueblo se ha puesto y se procura poner más y más cada día un abismo de odios, preocupaciones y calumnias. Así que una parte de nuestro pueblo, cristiano por el bautismo, sabe tan poco de su religión como de la de Mahoma ó de Confucio. Se procura además evitarle todo roce necesario con la parroquia, dándole registro civil, matrimonio civil, sepultura civil, etc., á fin de que acabe de romper todo lazo con la Iglesia. Es un programa separatista completo, en cuya unidad de principios, medios y fines se ve bien clara la mano de Satanás.

Cabe aun apuntar otras causas, pero ni la extensión de este trabajo lo permite, ni todas se podrían decir aquí.

XXXIII.

Cuáles son los remedios más eficaces y oportunos que cabe aplicar á pueblos señoreados por el Liberalismo.

INDICARÉMOS algunos.

1º La organización de todos los buenos católicos. Sean pocos, sean muchos los católicos en una localidad, conózcanse, trátense, júntense. Hoy no debe haber una ciudad ó villa católica sin su núcleo de gente de acción. Esto atrae á los indecisos, da valor á los vacilantes, contrapesa la influencia del *qué dirán*, hace á cada uno fuerte con la fuerza de todos. Aunque no seais más que una docena de corazones firmes, fundad una academia de Juventud católica, una Conferencia, siquiera una Cofradía. Poneos luego en contacto con la Sociedad análoga del pueblo vecino ó de la capital; apoyaos de esta suerte en toda la comarca, Asociaciones con Asociaciones, formando como la famosa *testudo* que formaban los legionarios romanos juntando sus escudos, y esto os hará invencibles. Así unidos, por pocos que seais, levantad en alto la bandera de una doctrina sana, pura, intransigente, sin embozos ni atenuación, sin pacto ni avenencia alguna con los enemigos. Tiene la firme intransigencia su aspecto

noble, simpático y caballeresco. Es grato ver á un hombre azotado como un peñasco por todas las olas y todos los vientos, y que se está fijo, inmoble, sin retroceder. Buen ejemplo sobre todo; éste constante. Predicad con toda vuestra conducta, y predicad en todas partes con ella. Ya veréis cómo os será fácil, primero imponer respeto, luego admiración, después simpatía. No os faltarán prosélitos. ¡Oh, si comprendiesen todos los católicos sanos el brillante apostolado seglar que de esta manera pueden ejercer en sus respectivas poblaciones! Asidos al Párroco, adheridos como la hiedra al muro parroquial, firmes como su viejo campanario, pueden desafiar toda tempestad y hacer rostro á toda borrasca.

2º Los periódicos buenos. Escoged entre los periódicos buenos el mejor y que más se adapte á las necesidades é inteligencia de los que os rodean. Leedlo, pero no os contenteis con eso, dadlo á leer, explicadlo y comentadlo, haced de él vuestra base de operaciones. Haceos corresponsal de su Administración, cuidad de hacer las suscriciones y pedidos, facilitadles á los pobres menestrales y labriegos esta operación, la más enojosa de todas. Dadlo á los jóvenes que empiezan sus carreras, proponedselo por lo bello de sus formas literarias, por su académico estilo, por su gracejo y donaire. Empezarán por gustar de la salsa, y acabarán por comer lo que con ella viene guisado. Así obra la impiedad, y así hemos de obrar nosotros. Un periódico sano es

de necesidad en el presente siglo. Dígase lo que se quiera de sus defectos, nunca igualarán éstos á sus ventajas y beneficios. Conviene, además, favorecer la circulación de todo otro impreso de análogo carácter, el folleto de circunstancias, el discurso notable, la enérgica Pastoral, etc., etc.,

3º La escuela católica. Donde el maestro oficial sea buen católico y de confianza, apóyesele, con todas las fuerzas; donde no; procúrese hablar claro para desautorizarle. Es en este caso la peor plaga de la localidad. Conviene que conozca todo el mundo por diablo al que es diablo, á fin de que no se le entregue incautamente lo principal, que es la educación. Cuando así sea, búsquese modo de plantear escuela contra escuela, bandera contra bandera; si hay medio, búsquese de religiosos; si no le hay, póngase á esta buena obra cualquier íntegro seglar. Dése gratuita la escuela y á horas convenientes para todos; de mañana, de tarde, de noche; los días festivos atraigase á los niños regalándolos y acariciándolos. Y dígaseles francamente que la otra escuela del maestro malo es la escuela de Satanás. Un revolucionario célebre, Dantón, gritaba sin cesar: "¡Audacia! ¡Audacia!" Nuestro grito de siempre ha de ser: ¡Franqueza! ¡Franqueza! ¡Luz! ¡Luz! Nada como esto para ahuyentar á los avechuchos del infierno, que sólo pueden seducir á favor de la oscuridad.

XXXIV.

De una señal clarísima por la que se conocerá fácilmente cuáles cosas proceden de espíritu sanamente católico y cuáles de espíritu resabiado ó radicalmente liberal.

Vamos ahora á otra cosa, á propósito de la última palabra que acabamos de escribir. La oscuridad es el gran auxiliar de la maldad. *Qui male agit odit lucem*, ha dicho el Señor. De ahí el empeño constante de la herejía en envolverse entre nebulosidades. No hay gran dificultad en descubrir al enemigo que se presenta con la visera levantada, ni la hay en reconocer por liberales á los que empiezan de buenas á primeras á declarar que lo son. Mas esta franqueza no conviene ordinariamente á la secta. Así, pues, hay que adivinar al enemigo trás el disfraz, y éste es muchas veces hábil y cauteloso en gran manera. Añádase, además, que muy á menudo no es lince el ojo que lo ha de reconocer; se hace preciso, pues, un *criterio* fácil, llano, popular, para distinguir á cada momento lo que es obra católica de lo que es infernal añagaza del Liberalismo.

Sucede frecuentemente que se anuncia un proyecto, se da el grito de una empresa, se funda una institución, y el fiel católico no acierta á dis-